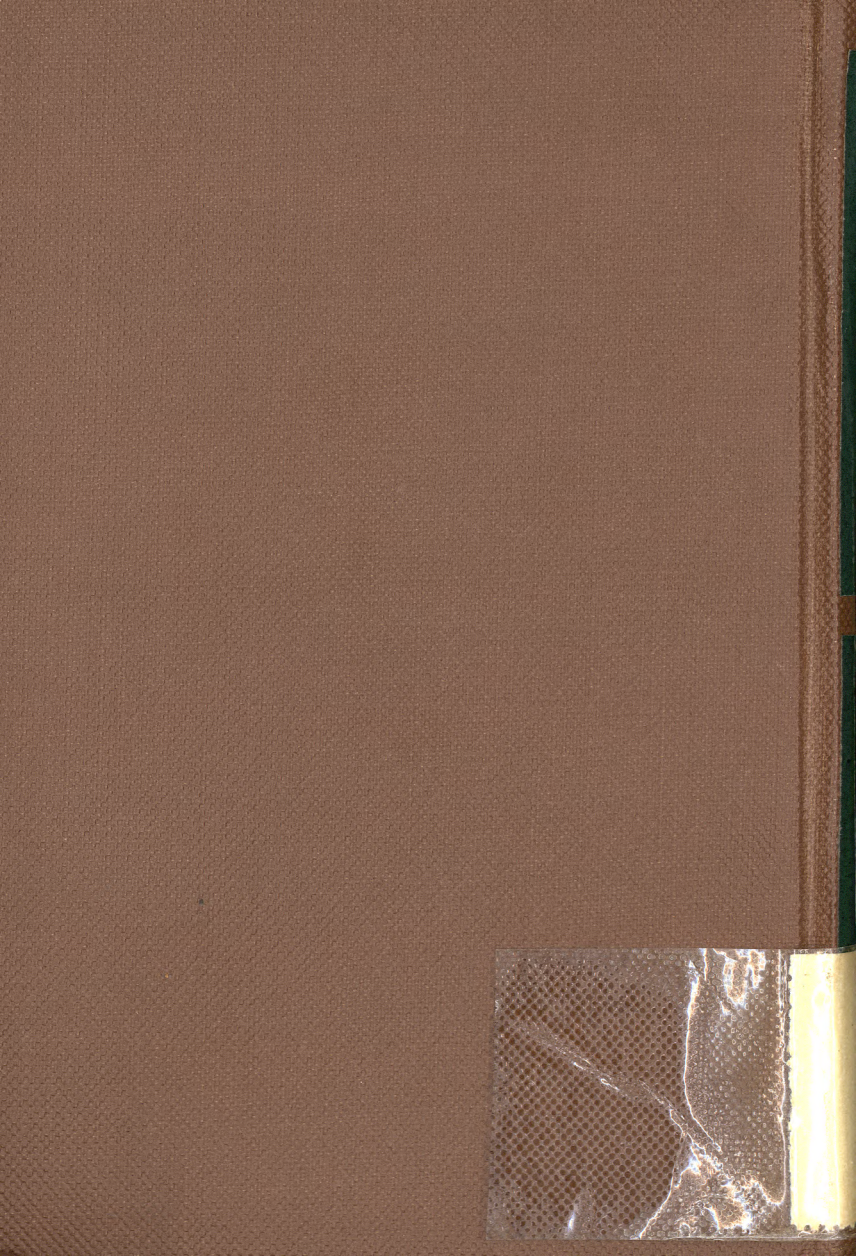


JOHN ABRADDOOR

FERNANDEZ SANCHEZ

1840







174

CW

Luis BARDON

1500, -

VIDA
DE
SAN ISIDRO LABRADOR

Y DE SU ESPOSA

SANTA MARIA DE LA CABEZA

Historia de los recuerdos
que de estos Santos existen en la capital
de España, sus templos, capillas y ermitas,
estado actual de sus restos corpóreos,
reseña de sus traslaciones y procesiones,
visitas reales, etc., etc.

POR

D. ILDEFONSO FERNÁNDEZ Y SÁNCHEZ



MADRID
IMPRESA DE JOSÉ GÓNGORA ÁLVAREZ
San Bernardo, núm. 85.

1896

A-1092

RECORDED

INDEXED

10

R
31424

VIDA
DE
SAN ISIDRO LABRADOR
Y DE
SANTA MARIA DE LA CABEZA

VIDA

DE

SAN ISIDRO LABRADOR

Y DE SU ESPOSA

SANTA MARIA DE LA CABEZA

Historia de los recuerdos
que de estos Santos existen en la capital
de España, sus templos, capillas y ermitas,
estado actual de sus restos corpóreos,
reseña de sus traslaciones y procesiones,
visitas reales, etc., etc.

POR

D. ILDEFONSO FERNÁNDEZ Y SÁNCHEZ



M A D R I D

IMPRESA DE JOSÉ GÓNGORA ÁLVAREZ

San Bernardo, núm. 85.

1896



PRÓLOGO

Muchos historiadores, antiguos y modernos, eclesiásticos y profanos, han escrito y publicado las vidas de San Isidro Labrador y de su esposa Santa María de la Cabeza; pero no conocemos ninguno, entre todos ellos, que lo haya hecho con la sencillez de estilo y abundancia de noticias que requieren, por una parte, los libros destinados á lecturas populares, y, por otra, la riqueza de datos que persigue la cristiana y piadosa actual generación.

Si nosotros acertásemos á interpretar fielmente estas necesidades, se verían satisfechos y recompensados nuestros deseos.

VIDA DE SAN ISIDRO LABRADOR

Y DE

SANTA MARÍA DE LA CABEZA

I

Nació este glorioso y bienaventurado Santo Patrón de Madrid en esta misma villa, hacia los años de 1080 á 1082, y se tiene como probable, aunque no puede asegurarse, que fué bautizado en la parroquia de San Andrés, abierta al culto católico, no obstante halláise entonces, la hoy capital de España, bajo el dominio de los árabes.

No se sabe el nombre ni linaje de sus padres; pero el Cardenal del Monte asegura que *Isidro nació en Madrid de padres á la verdad humildes, pero católicos y piadosos, por los cuales fué esmeradamente criado en santo temor de Dios.*

Y Juan Diácono añade que Isidro aprendió las primeras letras, *siendo meditador muy diligente en la observancia de los documentos de las Letras Sagradas*, lo cual quiere decir que se aplicó con esmero al estudio del Catecismo de la Doctrina Cristiana y de la Historia Sagrada.

Alfonso VI conquistó Madrid en 9 de Noviembre de 1083, y dedicó sus más preferentes atenciones á purificar los templos, casi todos convertidos hasta entonces en mezquitas de los moros; á restaurar las jerarquías eclesiásticas, ordenando la consagración de la iglesia princi-

pal á devoción de María Santísima, con el nombre de la *Almudena*, en cuya matriz puso canónigos que vivían según la Regla de San Benito.

Y de entre estos piadosos varones, según opinan los historiadores Bleda y Quintana, eligió el joven Isidro su confesor, mostrándose, además, adorador fervorosísimo de las Vírgenes de Atocha y de la Almudena.

Refiere la tradición que el primer oficio de Isidro fué abrir pozos para agua y cuevas para bodegas. De dichos pozos cítase uno que todavía existe en la casa número 35 de la calle Mayor, y que en la actualidad pertenece á Don Gaspar Catamber, y que en aquellos remotísimos tiempos del siglo xi era propiedad de una señora, llamada Doña Nufía, á quien, por sus grandes virtudes, denominaban *la Santa*. En la excavación de este pozo, Isidro se halló momentáneamente detenido por un enorme peñasco que le impedía trabajar: pero Dios premió la laboriosidad de su siervo muy amado con el extraordinario prodigio de que la peña se ablandase, como cera, dejando el laborioso obrero estampados en ella los piés, y brotando tan copioso caudal de agua, que nunca se ha secado, y de cualidades medicinales tan milagrosas, que ha logrado curar á millares de enfermos.

En la calle de Toledo, que entonces era campo exterior de las murallas de la villa, había otra casa, que habitaron María Falconi y su hermana Isabel, y en ella abrió otro pozo nuestro ilustre biografiado, de cuyas aguas se refiere que tenían grandísima eficacia para hacer arrojar las sanguijuelas.

Y en la misma calle de Toledo, en el sitio que ahora ocupa el Instituto de segunda enseñanza, existía la casa solariega de los Veras, en la cual el joven Isidro fabricó una nueva bodega y un pozo de agua dulce de milagrosa aplicación contra muchas y diversas enfermedades.

Dícese, por otros, que la referida casa de los Veras se hallaba en lo que es actualmente Sacristía de la Santa Iglesia Catedral de Madrid. En cuanto al pozo, que antes estaba junto á un arca de agua arrimada á los Estudios del Colegio Imperial, hoy Instituto de San Isidro, existe en el día dentro de una bóveda que hay debajo del altar del Cristo y Dolores, donde quedó metido al trazar el templo que fué de la Compañía de Jesús. No tiene ya uso, pero se reconoce su sitio por la humedad que se advierte allí. De la cueva no ha quedado señal alguna, porque se terraplenó para mayor solidez del edificio.

II

El oficio más duradero y característico de Isidro fué el de *labrador*, entrando á servir de criado en casa de los Veras, que depositaron en él su más absoluta confianza, harto bien merecida por su honradez y su laboriosidad.

Cuéntase que, en la época de la sementera, Isidro solía desparramar, fuera de la tierra labrada, algunos puñados de trigo ó de cebada, diciendo: *Tomad, avecitas de Dios, que cuando nuestro Señor amanece, para todos amanece*. Cuando comenzaba á sembrar, tiraba el primer puñado de grano, exclamando: *En nombre de Dios; esto para Dios*. El segundo voleo, le acompañaba con las siguientes palabras: *Esto para nosotros*. Y al tirar el tercero, decía: *Esto para las aves*. Luego arrojaba otro puñado, diciendo: *Esto para las hormigas*.—*¿Para las hormigas también?*—le preguntaron otros labradores que le oían.—*También para las hormigas, que son animalitos de Dios y para todos da Su Majestad*, respondió el caritativo Isidro.

III

Dios se complacía en premiar tantos y tan bondadosos

sentimientos, aumentando, por milagrosa manera, la hacienda del amo de Isidro, haciendo llover á tiempo sobre sus campos, multiplicando las espigas y ordenando providencialmente la más completa y perfecta granazón.

Un día, el rico Vera salió á visitar las heredades en que debía hallarse arando su virtuosísimo criado, y le vió hincado de rodillas, orando en el centro de un bosquecillo inmediato, en tanto que los bueyes araban solos, *hondo y yunto*, como suelen decir los gañanes. Sorprendido Isidro por la presencia de su amo, se incorporó y quiso expresar algunas disculpas por su aparente ociosidad; mas el noble caballero le interrumpió, diciéndole: *No importa, Isidro, no importa; que no se ha perdido nada*, y era la verdad que nada se había perdido, porque Dios enriquecía y galardonaba al amo por las oraciones de su humildísimo criado.

Nunca la envidia fué buena consejera, y á Isidro no le faltaron envidiosos tampoco, porque otros criados procuraron, aunque sin éxito, indisponerle con su amo, motejándole de holgazán que abandonaba sus obligaciones por frecuentar las iglesias y los rezos, acudiendo tarde al cumplimiento de sus deberes en el campo; mas la confianza de Vera en su fiel Isidro era tan grande y de tal naturaleza, y, por otra parte, tocaba y experimentaba tan de cerca en el aumento de su hacienda los felices resultados de la protección divina, que no dió cabida en su corazón á las malévolas insinuaciones de tan pobres destructores.

IV

A la muerte del rey Alfonso VI de Castilla, ocurrida en 30 de Julio del año 1108, el poderoso Alí, rey de los almoravides, penetró por tierras de Toledo y puso sitio á

Madrid, cuyos moradores resistieron valerosamente desde el Alcázar. Muchos de ellos, sin embargo, abandonaron la población, temerosos de los feroces instintos de los moros, yendo á refugiarse en los pueblos de las sierras inmediatas. Uno de estos fugitivos fué nuestro bienaventurado Isidro, que á la sazón contaba veintiseis ó veintisiete años de edad. Isidro se marchó á Torrelaguna, donde parece tenía algunos parientes. Allí, perseverando en su oficio de labrador, se ajustó como criado de un vecino de la villa, el cual experimentó en su caudal los mismos favores celestiales que el rico Vera en Madrid.

También en Torrelaguna se entregaba Isidro á sus constantes ejercicios de piedad, especialmente en la ermita de la Virgen de Caraquiz, que más tarde llamaron Santa María de *la Cabeza*.

Y también en Torrelaguna tuvo Isidro envidiosos que le denunciaron á su amo como enemigo del trabajo, cuyas murmuraciones hallaron eco en el corazón y en el pensamiento del hacendado, que una mañana dió al criado Isidro órdenes de ir á labrar, en el mismo día, primero, la tierra de tal parte; luego, el pedazo de tal otro sitio; y á continuación, la heredad que le designó, señalando así tarea muy superior á los esfuerzos de un solo hombre. Isidro obedeció en silencio y se marchó al campo con su yunta. Por la tarde, el amo montó á caballo y fuese adonde el criado debía estar arando, y su asombro no puede expresarse con palabras, cuando vió que estaba acabado y cumplido cuanto por la mañana había mandado; pero, aunque admirado y absorto, todavía no quedó satisfecho y contento.

Era y es costumbre en muchos pueblos de Castilla que los amos ajusten con sus criados de labranza darles, para cultivarlo y sembrarlo por su cuenta, un pedazo de tierra que en Castilla la Nueva llaman *pegujal* y *senara* en Cas-

tilla la Vieja: así fué también ajustado Isidro. Llegadas la recolección y las mieses á la era, vió el amo de Isidro que, después de trilladas y limpias, resultaba mucho mayor que el suyo el montón de grano del sirviente, por lo cual no pudo reprimir en su semblante el enojo que semejante hecho le causaba, sospechando de la fidelidad de su criado, á quien, allá en su conciencia, calificaba de hurto y de ladrón. Conoció Isidro el mal pensamiento de su amo, y le dijo: *Mire, Señor: Dios es el repartidor de los bienes, y los reparte á quien quiere y como quiere; pero para salir de esa duda, tome, Señor, uno y otro montón de grano, que yo me quedaré contento con sola la paja de mi pegujal.* La codicia del rico pudo más que la generosidad del pobre, y el grano de ambos montones fué conducido á las trojes del amo; pero Isidro volvió á la era, comenzó á aventar su paja y la Providencia de Dios hizo que de aquella saliese otro montón de grano mucho mayor que el primero, lo cual repartió el Santo á los pobres, á fin de evitar un nuevo despojo.

V

Querido y estimado Isidro por todos los vecinos de Torrelaguna, y compadecidos de los trabajos que experimentaba en su vida de soltero, trataron y concertaron con los parientes del Siervo de Dios casarle con una doncella, llamada María, criada en gran virtud y recato, natural de Caraquiz, alquería, sin parroquia, de la villa de Uceda. Fueron casados y velados en la parroquial de Santa María Magdalena, de Torrelaguna. Tal era la belleza física de María y tan grandes las virtudes de su alma, que Lope de Vega las cantó así en su *Poema Castellano de la vida de San Isidro*:

*No era de jazmín su frente,
Ni eran de sol sus cabellos,
Ni estrellas sus ojos bellos;
Que otra luz más excelente
Puso la virtud en ellos.*

—
*Era un fénix de hermosura:
Y víase el alma pura
Por su rostro celestial,
Como si por un cristal
Se viese alguna pintura.*

Fray Nicolás José de la Cruz, hablando de este santo matrimonio, se expresa de esta manera:

«Con esta feliz criatura contrajo matrimonio nuestro afortunado Labrador; y, recibidas las bendiciones de la Santa Madre Iglesia, dieron gracias á Dios, suplicando á su Divina Majestad se sirviese de aquel nuevo estado para su mayor honra y gloria. Tomaron una casa pequeña; y con lo que había recibido el día de la boda de sus parientes y convidados, según manera de aquella Serranía, con lo que sus amos les dieron, y con el corto ajuar que ellos habían adquirido con su industria, compusieron su casita, pobre de riquezas del mundo, pero rica de bendiciones del Cielo. Aquí comenzaron á vivir estos dos Santos Consortes, en todo conformes, en las inclinaciones, en los deseos y en las voluntades, confrontando tanto que cada uno era copia de las perfecciones del otro. La unión y la buena conciencia les hizo muy parecidos en la santidad y muy semejantes en la vida.»

A poco tiempo, tomaron en arriendo algunas tierras, próximas á otra que María había heredado de sus padres; y con un par de bueyes que poseían, se dedicaron á labrarlas, en la alquería de Caraquiz, no lejos del Jarama.

Un sábado, yendo Santa María de la Cabeza á visitar la ermita de Nuestra Señora de Caraquiz, encender su lámpara y arreglar su altar, hallóse detenida en la orilla del Jarama, soberbiamente crecido. Apareciósele entonces la Virgen en forma de una señora muy hermosa, que, tomándola de la mano, la pasó á la ribera opuesta, por encima de las aguas; y á su regreso de la ermita, encontró, en la orilla, á la misma Señora, que también la trasladó en sentido inverso.

Las historias refieren que estos dos milagros se repitieron en distintas ocasiones.

Otra vez, llegaron los dos esposos á la orilla del citado río, con intento de visitar también á Nuestra Señora, y tropezaron, por la misma causa anterior, con idéntica dificultad. Quedóse Isidro suspenso y afligido, y dijo: *Válgame Dios, María, no podemos pasar*; y su esposa le respondió: *No hay que temer, Isidro, que Dios nos dará barca para pasar á visitar su Santísima Madre*; quitóse la mantilla, la extendió sobre las aguas, colocáronse los dos Santos sobre ella, y franquearon el río sin mojarse.

VI

Favorecido Isidro, en premio de sus virtudes, con el poder de hacer milagros, llegó á ejercer pleno dominio hasta sobre los irracionales.

Estando en Caraquiz á la puerta de su casa, vió pasar una liebre perseguida por varios galgos, á los cuales dijo: *Galgos, dejad por Dios á ese animalito: no le hagais mal*; y los perros, refrenando su instinto natural, se quedaron parados, mirando á la liebre que huía.

Sufría Isidro también los efectos de las malas cosechas, por falta de lluvias. Un año cogió tan poco grano, que ni siquiera equivalía á lo sembrado. En esta situación, y ha-

llándose con su esposa, en la era, se presentó el dueño de las tierras á cobrar, en grano, el importe de la renta. Todo el grano limpio y amontonado, no bastaba para saldar la deuda, y el arrendador quiso llevarse también la paja, de cuyo empeño desistió á ruegos de María, que invocaba su misericordia en favor de sus pobres bueyes, que se morirían de hambre en el próximo invierno. Cuando el matrimonio se quedó solo en la era, María acudió al consuelo de su marido, exhortándole á la resignación, porque no podrían volver á sembrar, y rogándole que aventase la paja que les habían dejado, á ver si salía algo de grano. Hízolo Isidro como su mujer se lo aconsejaba, y quedaron mudos de asombro al contemplar que, del aire, en vez de paja y granzones, descendió grano abundantísimo.

Estando Isidro arando cerca de la dehesa de Carquiz, llegóse á él, fatigado por el calor y casi muerto de sed, un hidalgo á caballo, preguntando si había agua en aquellos parajes.—*Allí, en aquel altillo, junto á aquel árbol hallará su merced una fuente*—le contestó San Isidro. Encaminóse el caballero hacia el sitio señalado, y no encontró la fuente por ninguna parte, volviendo enfurecido adonde el Santo estaba, denostándole é injuriándole, porque de él se había burlado; pero Isidro abandonó la yunta, y acompañó al hidalgo hasta el punto donde la fuente debía encontrarse, aunque verdaderamente no existía, y, dando en una piedra con la ahijada, exclamó: *Aquí agua había, la hay y la habrá para siempre*, brotando en aquel momento un manantial copiosísimo, que dejó maravillado al sediento caballero, el cual pidió humildemente perdón á San Isidro por las injurias que le había dirigido.—*A mí ningún mal me habéis hecho*—le replicó el glorioso Labrador;—*beba su merced y dé gracias á Dios, que ha socorrido su necesidad.*

A fines del siglo pasado—y no sabemos si ahora tam-

bién—aún existía esta fuente en un vallecito llamado *Val-de-Salud* ó *Valle de la Salud*, por la que recobraban los enfermos que, devotamente, de sus aguas bebían. Muchos testigos que declararon en los procesos de su beatificación y canonización, afirman que San Isidro hizo por allí otras dos fuentes, una en *Valpermin* y otra donde llaman la *Peña del Cuervo*.

VII

Un rico caballero de Madrid, llamado Juan de Vargas (no *Ibán*, como escriben y leen algunos), ascendiente del actual Conde de Paredes, poseía en la jurisdicción del lugar de Talamanca, muy cerca de Caraquiz, una buena hacienda, en el término que llamaban *Eraza*, y de cuya administración encargó á San Isidro, yendo éste, con su mujer, á avecindarse en Talamanca, continuando su devoción de visitar, en los contornos, los santuarios y ermitas consagrados á la Madre del Salvador del mundo, y entre las cuales mencionan principalmente los historiadores las ermitas de Nuestra Señora de Belvis, una legua de Cobeña; la de la Virgen del Castillo, cerca de Paracuellos de Jarama; la de Peñahora, en Humanes; la que hoy se llama de la *Cabeza*, á orilla del mismo río citado, y la de la Floresta, que se veneró de muy antiguo en Torrelaguna.

Algunos rústicos, mal intencionados, trataron de enemistar á San Isidro con su virtuosísima mujer, pretendiendo llevar al pecho del marido el agudo torcedor de los celos, fundados no más que en el afable y tierno afecto con que María hablaba con todos los vecinos, pastores y labradores del pueblo y sus campiñas, los cuales la respetaban y querían con entrañable veneración. Isidro, sin dudar de la honradez y virtud de su santa compañera, tuvo ocasión de afirmarse en el juicio que la misma le

merecía. Cierta tarde que el Labrador paseaba por una de las riberas del Jarama, vió venir, por la opuesta, á la bellísima María: escondióse él entre unas matas, y presenció cómo ella, al llegar al agua, hizo, sobre la corriente del río, la señal de la cruz, pasando á pie enjuto por encima de la superficie. Este milagro, ya otras veces repetido, acabó de convencer á Isidro de la maldad de los murmuradores.

VIII

La celosa y honrada conducta de San Isidro en la administración de Eraza, hizo pensar al caballero Juan de Vargas en la conveniencia de traérsele á Madrid, donde radicaba la mayor parte de su hacienda, y de la cual quedó desde luego encargado.

Tenía Vargas dos casas en Madrid; una, inmediata á la parroquia de San Justo, hoy iglesia de la Nunciatura; y otra, junto á la parroquial de San Andrés, en la Morería Vieja, donde habitaba con su familia y mozos de labranza. Esta casa es la señalada con el núm. 2 en la Plazuela de San Andrés, morada hoy del Conde de Paredes, y en ella vivió y murió San Isidro, y de la cual volveremos á ocuparnos más adelante.

Un día, fueron á decir á Juan de Vargas que su criado Isidro no estaba arando, sino entretenido con sus oraciones en la iglesia de San Andrés, lo cual disgustó bastante al amo, porque era muy mediada la mañana, y porque el quintero Isidro había salido de casa, con los bueyes, á la hora de costumbre. Vargas comisionó á otro criado para que fuese á la besana á ver si estaba ó no en ella arando. El criado regresó contando muy asombrado al amo, que los bueyes estaban arando solos y haciendo una labor admirable. Quiso Vargas verlo *con sus propios ojos*, y, di-

rigiéndose al campo, halló que el criado le había dicho la verdad, y que la labor de aquel día, con ser tanta y tan buena, no parecía hecha por manos de hombres. De regreso, entró en San Andrés, donde todavía estaba orando Isidro, al cual no quiso distraer, felicitándose por tener en su familia un criado tan favorecido de Dios.

Otro día, por causas ajenas á su voluntad, tuvo Isidro que irse á arar sin haber podido oír Misa, como de costumbre; y remordiéndole su conciencia por ello, se dió prisa por acabar pronto y llegar todavía á tiempo á San Andrés; pero cuando llegó, era tarde, ya no había Misas, y la puerta de la iglesia estaba cerrada. Púsose á rezar, de rodillas, delante de dicha puerta, y entonces sucedió el milagro que nosotros tenemos por más extraordinario entre todos ellos: abriéronse, á la vista de Isidro, las puertas del Cielo, y pudo, en maravilloso éxtasis, contemplar que Nuestro Señor Jesucristo, haciendo de sacerdote y víctima, celebraba Misa, asistido por numerosos coros de ángeles, para que la oyese su Santo Siervo. Terminada tan augusta solemnidad, recobró Isidro los sentidos, á tiempo que pasaba por allí otro labrador, amigo suyo.—*¿Qué haces aquí, Isidro—le dijo—á esta hora?—Estoy oyendo una Misa en el Cielo.—Eso, yo te lo creo—le replicó su amigo y compañero;—pues como Dios es tan amigo tuyo, te habrá abierto las puertas de su Gloria.*

IX

Dios premió á Isidro y María con fruto de bendición, dándoles un hijo, á quien pusieron por nombre *Juan*, tal vez por haber nacido en día consagrado á alguno de los Santos de esta advocación, ó acaso porque le sirvió de padrino en la pila bautismal el noble caballero Juan de Vargas.

Pero, como en el mundo suelen ir las tristezas mezcladas con las alegrías, aquel virtuoso matrimonio experimentó una de las mayores amarguras que pueden lacerar el corazón de los padres.

Descuidada María, ó por altos juicios de la Divina Providencia, desprendióse el niño de sus brazos, cayendo en el pozo de la casa, que era profundísimo. Isidro se encontraba en el campo, y al regresar halló á su esposa tan afligida como se puede suponer. No se encolerizó con ella su marido, antes bien, la consoló de esta manera: *Pues, hermana mia, ¿qué has de hacer con llorar? Confiemos en Dios, que Su Majestad nos remediará esta desgracia. Calla, mujer, no te aflijas, que la Virgen Santísima nos dió este hijo, y esta Soberana Madre de misericordia nos le ha de devolver.* Pusiéronse de rodillas, en oración, y en actitud suplicante, junto al pozo, y las aguas fueron elevándose hasta el brocal, apareciendo el niño, vivo y contento, sentado sobre ellas.

Por tan extraordinarios y numerosos favores, fué creciendo, en los corazones enfervorizados de Isidro y de María, su culto á la Virgen Santísima, á quien consagraron, en adelante, los sábados con mucha especialidad, preparando en todos ellos una gran olla de potaje y pescado para los pobres, en nombre de la Reina de los cielos. Cierta sábado, y cuando ya la olla estaba repartida, llegó á la puerta de Isidro un pobre peregrino, pidiendo, por el amor de Dios, una limosna. Isidro llamó á su mujer, y la dijo: *Hermana, por Dios te ruego que si sobró algo de la olla, des limosna á este pobre;* y respondió la Santa: *Estoy cierta que no ha quedado en ella cosa alguna.* — *Anda, María,* le replicó Isidro — *que algo habrá para dar de comer á este señor.* Obedeció María, aunque estaba convencida de lo que había manifestado, y, ¡cuál no sería su asombro al contemplar que la olla estaba completamente

llena! Volvió á la puerta, inundada de regocijo, para dar de comer al supuesto peregrino, que no era otro que Nuestro Señor Jesucristo, que quiso demostrar así su agradecimiento por la limosna de los sábados para los pobres.

X

Isidro caminaba un día de invierno hacia el molino, en compañía de otro labrador, amigo suyo, llevando con ellos á su hijo Juanito, que ya estaba bastante crecido. Iba á moler un poco de trigo para el gasto de su casa. El suelo estaba cubierto de nieve, y alcanzó á ver, en las ramas de los árboles, una bandada de hambrientas palomas. Paró Isidro su borriquillo, limpió de nieve un trecho de la tierra, desató su costal, y vertió casi todo el trigo en el suelo, diciendo: *Venid, avecitas de Dios, que para todos da Su Majestad.* Enojóse con esto el otro labrador, que reputaba el hecho del Santo un acto de necedad ó de tontería; pero Isidro le contestó: *Calle, señor, no se enoje; que cuando Dios da, para todos da.*

Llegados á la aceña, molieron ambos su trigo, y resultó tanta harina, que salieron de allí con los costales completamente llenos.

Tan grande era la compasión que Isidro experimentaba por las aves, que, cuando salía al campo, se iban tras de él los pajarillos, mostrando su alegría con sus regocijados trinos, por lo cual, aludiendo á tanta piedad, dijo luego, en su citado poema, el famoso Lope de Vega:

*Que de las ramas y nidos
en los álamos tejidos
del arroyo de una cuesta,
bajaban á hacerle fiesta,
y tocarle los vestidos.*

XI

Como la caridad de Isidro no reconocía límites, un año que se cogió grandísima cosecha, pidió permiso á su amo para *limpiar* la paja en la era, á ver si salía algo de grano que dar de limosna á los pobres. Obtenida la licencia, y llevada á cabo la operación, resultó mucho más trigo que la primera vez, por lo cual sospechó Juan de Vargas que San Isidro le había engañado, dejando, de intento, entre la paja, la mayor parte del trigo. Vargas manifestó este recelo á su criado, que inmediatamente le contestó: *Señor, yo no quiero cosa contra su voluntad; tome todo el trigo que hay limpio en la era, y permitame que vuelva á aventar la paja; pero mire, señor, que si saco algo más, ha de ser para los pobres.* Aceptó el amo la proposición, y tercera vez volvió Isidro á limpiar la paja, y salió mucho más grano que en las dos anteriores. Entonces conoció Juan de Vargas que aquellas cosas procedían de poder más alto que el de los hombres, y dijo á su criado: *Isidro, vamos claros, conozco la razón que tienes: el primer trigo que sacaste es mio, y me toca de derecho; lo demás, todo es tuyo; tómalo, pues te lo da Dios, y haz lo que quisieres con ello.* Mostróse agradecido San Isidro, y cumplió con el encargo que le había dado el cielo como depositario de Dios en favor de los pobres.

Varias veces se enojó Vargas con su criado, reprendiéndole que pasaba mucho tiempo en las iglesias; pero éste siempre sufría resignado los enfados, consolándole, además, su santa mujer. Quiso un día el amo conocer la causa de la tardanza de Isidro en volver desde el campo á Madrid; montó á caballo y se dirigió, por Puerta de Moros, hacia el río Manzanares, y, alzando los ojos en dirección de una cuesta en que araba San Isidro, vió, en fila,

tres yuntas de bueyes, cuando él no tenía más de una; la primera iba manejada por un mancebo vestido de blanco; á continuación seguía la de Isidro; y, por último, la tercera, otro mancebo como el primero la gobernaba. Al vadear el río, volvió el amo á levantar la vista, y ya no divisó más que á su criado, que araba tranquilamente en lo alto del cerro, y, llegándose al sitio de la labor, preguntó á Isidro quiénes eran y por dónde habían desaparecido los que le ayudaban, á lo cual respondió el humilde sirviente que él nada había visto, ni nunca solicitó más ayuda ni amparo que el de Dios, que siempre se los otorgaba. Examinó Vargas atentamente el surco que abría entonces San Isidro, y vió, maravillado, que cada surco eran tres surcos distintos, como si tres rejas labrasen al mismo tiempo, conociendo que los dos desaparecidos labradores eran dos ángeles del cielo.

XII

Era Isidro tan devoto de Jesucristo sacramentado, que se propuso establecer y estableció en su parroquia de San Andrés, la Cofradía del Santísimo Sacramento, que todavía subsiste, aunque refundida con la de San Pedro desde el día 4 de Febrero de 1587.

También ingresó como cofrade en la del Apóstol Santiago, fundada en Carabanchel Bajo, donde se han guardado, según refiere la tradición, desde tiempo inmemorial, los manteles sobre que comió San Isidro Labrador con los demás hermanos de esta Cofradía.

Y también se asegura que, cuando el bienaventurado Labrador vivía con su esposa en Caraquiz, fundó una *caridad* de pan, queso y vino, á usanza de aquella tierra, el día 15 de Agosto, en que se celebraba la fiesta de Nuestra Señora de la Piedad en su ermita del Jarama, y otra

caridad semejante el día de San Marcos, las cuales duraron hasta el siglo pasado.

Para mejor servir á Dios, viviendo en estado de castidad, resolvieron, Isidro y María, separarse, tratándose como dos hermanos, yéndose ella á Caraquiz, para cuidar la ermita de la Virgen, y quedándose él, con su hijo, en Madrid.

Acompañó Isidro á María hasta el punto de su voluntario destierro, y regresó á Madrid, después de cristiana y tiernísima despedida.

Un día de fuertísimos calores, estando el Santo arando en los cerros, al otro lado del Manzanares, situados en el espacio comprendido entre los famosos puentes actuales de Segovia y de Toledo, fué visitado por Juan de Vargas, que le pidió agua para beber. Díjole Isidro que encontraría una fuente en cierto altillo inmediato, que le señaló; pero, no habiéndola hallado su amo, volvió á donde el criado estaba, manifestándole su equivocación. Dejó el Santo la yunta, empuñó la ahijada, y marchó con Juan de Vargas al sitio indicado; y dando con aquel instrumento sobre una peña, dijo: *Cuando Dios quería, aquí agua había*, brotando, en el acto, como al choque de la vara de Moisés, un abundante raudal de agua, donde apagó su sed el afortunado caballero, quien volvió después los ojos hacia el Santo, exclamando: *Isidro, amigo, de hoy más, yo quiero ser tu criado, y que tú seas mi amo*. Isidro le contestó que diese las gracias á Dios, que con tanta misericordia socorre á sus criaturas, cuando con fe y esperanza le invocan en las necesidades y tribulaciones de esta vida.

Volveremos á tratar de esta milagrosa fuente, cuando hablemos de la ermita de San Isidro del Campo.

XIII

Tenía D. Juan de Vargas una hija, llamada Doña María, que luego fué quinta ó sexta abuela de Martín de Vargas, Alcaide del Peñón de la Gomera y capitán de Infantería, martirizado de orden de Barbarroja, tirano de Argel, en 1516, por no querer apostatar de la religión del Crucificado.

Cayó enferma Doña María de Vargas, y murió de aquella dolencia, dejando á su padre profundamente lloroso y desconsolado, á tiempo que Isidro entraba en la casa de su amo, que le dijo: *Isidro, tu querida María se ha muerto.* — *¿Qué morir?* — dijo el fiel criado; — *callen por amor de Dios, que estará durmiendo, ó habrá sufrido algún desmayo;* y, dirigiéndose al cadáver, dijo: *¡Señora María!* — Levantó su cabeza la muerta, y le respondió: *¿Qué quieres, Isidro?* — Y el Santo la dijo entonces: *Qué, ¿se duerme?* Los circunstantes quedaron asombrados y atónitos ante aquel grandísimo milagro; pues Doña María, antes enferma y difunta, quedó después viva y completamente sana.

D. Juan de Vargas resultó también deudor de otro milagro á su criado.

Tenía este señor un hermoso caballo de regalo para montar y se le cayó muerto de repente, en un arenal junto al Manzanares, cierto día que iba á ver á Isidro donde estaba arando. Pasó el río el desmontado caballero, llegando triste y cariacontecido donde su criado estaba, y al cual refirió Vargas lo que acababa de suceder. *Ea, señor,* dijo Isidro; *no hay que desconfiar, pues querrá Dios que todavía viva el caballo;* y, dirigiéndose con su amo al sitio en que estaba tendido el noble bruto, le dijo con fervorosa palabra: *Ea, en el nombre de Dios, levántate;* y el caba-

llo se levantó, sano y brioso, devolviendo á su amo la alegría que había perdido.

XIV

No abandonó D. Juan de Vargas á su querido Isidro cuando éste llegó á la vejez, sino que, por donación entre vivos ó por disposición testamentaria, le dejó para habitar, un pequeño aposento en su propia casa, la número 2 actual de la plazuela de San Andrés. Muerto su amo, y cargado de años el Santo Labrador, parece que mudó de vestido, porque algunas veces, después de su fallecimiento, se apareció en hábito de religioso. Ya no pensaba, ni se ocupaba más que en sus ejercicios de devoción; pero como no podía apenas andar, se valía de un borriquillo, sobre el cual cabalgaba para visitar los Santuarios un poco distantes.

Y sucedió que un día en que iba á orar en la ermita de Santa María Magdalena, cerca de Carabanchel Bajo, mientras estaba en la iglesia, dejó su asnillo en un ribazo, para que paciese. De la espesura de un bosque inmediato salió un lobo que, acosado sin duda por el hambre, arremetió con el jumento, que echó á correr espantado y desprovisto, y perseguido de cerca por la fiera. Unos muchachos, que lo estaban viendo, entraron de tropel en la ermita y contaron al Santo lo que sucedía, pero Isidro les dijo con gran serenidad: *Hijos, id en paz; hágase la voluntad del Señor.* Cuando acabó sus oraciones fué á buscar su pobre borriquillo, hallándole sano y paciendo, gracias á la profunda fe de su amo, y muerto el lobo allí cerca.

XV

Después de grave y larga enfermedad en que fué asis-

tido Isidro por su mujer y su hijo, pagó su natural tributo á la muerte, con grandísima resignación, el Viernes 30 de Noviembre de 1172, día de San Andrés, á los noventa ó noventa y un años de edad, siendo Sumo Pontífice Alejandro III y reinando en Castilla Alfonso VIII, sobrenombrado el *Bueno*.

El cuerpo del bienaventurado Isidro recibió cristiana sepultura en el cementerio de la parroquia de San Andrés de Madrid, que estaba situado á espaldas de lo que ahora es el presbiterio de dicha iglesia, pues antes el altar mayor de ella se encontraba donde ahora el coro. La referida sepultura se hallaba tan inmediata al muro, por la parte exterior, que cuando el templo se ensanchó por aquel lado, vino á quedar donde ahora se contempla, cerrada por una reja de hierro, al costado del Evangelio.

Algunos biógrafos aseguran que San Isidro era de más que mediana estatura, alto, robusto, de complexión sana y fuerte; el rostro redondo y lleno, aunque por el continuo trabajo y excesiva mortificación, no tanto como su naturaleza pedía. Era poblado de barba y ésta algo hendida, como también la cabellera, aunque corta, tanto que apenas le llegaba á los hombros, cuando en aquel tiempo se usaba el pelo muy largo.

Santa María de la Cabeza volvió, después de viuda, á vivir en Caraquiz, dejando en Madrid á su hijo, á quien donó sus cortos bienes para que se sustentase. De este hijo no vuelven á hablar más los historiadores, pero se cree que falleció antes que su madre, perdiéndose, con su muerte, la descendencia de San Isidro.

El año 1180 sobrevino á la Santa su última enfermedad, y otorgó su testamento, legando á la ermita de Caraquiz una pequeña casa que en esta aldea poseía, y una heredad que llevó de sus padres en dote cuando se casó. Falleció Santa María de la Cabeza el día 8 de Septiembre

del referido año 1180, teniendo más de los ochenta de edad. Su cuerpo fué enterrado en la ermita de su amada alquería, y en ella estuvo cerca de cuatrocientos años, hasta que fué trasladado en el modo y forma que más adelante hemos de describir.

XVI

Dos veces se apareció San Isidro para pedir que su cuerpo se trasladase, desde el cementerio á la iglesia: la primera, á un labrador honrado, que había sido muy amigo suyo, el cual atribuyó á sueño y pesadilla la aparición; la segunda, el Domingo de Cuasimodo, día 1.º de Abril de 1212, á una mujer, vecina de Madrid, á quien rogó también la misma traslación de su cadáver. Puesto el hecho en conocimiento del Párroco de San Andrés y de otros clérigos principales, y aprovechando la circunstancia de hallarse en Madrid, con el Rey D. Alfonso VIII, el ilustre Arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Jiménez de Rada, que dió gustoso la licencia requerida para la exhumación y traslación, el acto se llevó á cabo en el mismo día. El agua de un arroyo que, cuando llovía, pasaba por encima de la sepultura, habíase llevado gran cantidad de tierra de la misma, costando, por consecuencia, poco trabajo extraer el venerado cuerpo, hallado incorrupto, completamente momificado, exhalando suavísimos olores, y con la cabeza cubierta de pelo. La sábana en que había sido amortajado, encontróse también limpia, blanca y entera, á pesar de los cuarenta años que habían transcurrido.

El sagrado cuerpo fué colocado en una modesta tumba, entre el altar de San Andrés y el colateral de San Pedro.

En el acto de la traslación de los restos de San Isidro ocurrieron algunos sucesos milagrosos que bien merecen referirse.

Cuando estaban excavando la sepultura, comenzaron á tocar alegremente á fiesta, por sí solas, las campanas de San Andrés, que se asociaban espontáneamente al general regocijo del pueblo madrileño.

Fuera del puente de Toledo, y en las lindes del camino, pedían limosna aquel día muchos cojos, tullidos, ciegos y contrahechos, los cuales al oír el repicar de las campanas, y enterados de la causa que motivaba el hecho, acordaron ir juntos, en el acto, á visitar la ya vacía sepultura en busca de remedio para sus respectivos males; y, habiéndolo llevado á cabo, y restregándose con tierra de aquella mencionada sepultura los miembros y órganos atrofiados é inútiles, recobraron al instante vista, movimiento, esbeltez, salud y agilidad.

De allí á los tres meses y medio, dirigíase el poderoso ejército cristiano de Alfonso VIII de Castilla por los breñales de Sierra Morena para batir en las Navas de Tolosa á Mahomad el Verde, Miramamolín de Marruecos. Extravióse la vanguardia del referido ejército cristiano en aquellas abruptas asperezas, sin acertar á salir de sus revueltas y encrucijadas hasta que se presentó á D. Alfonso un pastor que se ofreció voluntariamente á servirle de guía hacia al campamento enemigo, como lo verificó, contribuyendo así al glorioso éxito de las armas castellanas y navarras contra los moros en la famosísima batalla de las Navas de Tolosa, el lunes 16 de Julio de 1212, para cuya memoria se instituyó la fiesta del *Triunfo de la Santa Cruz*.

Aquel pastor desconocido, de quien nadie se acordaba, había desaparecido como por encanto, y era el bendito San Isidro Labrador, el famoso *Pastor de las Navas*, cuya estatua de piedra se divisa hoy en uno de los pilares de la capilla mayor de la Catedral de Toledo.